

Gallegos y *Falke*: entrevista con Federico Vegas

Gustavo Guerrero

En 1929, un nutrido grupo de estudiantes, escritores e intelectuales venezolanos se embarcó, en Dantzig, en el viejo crucero polaco *Falke*. Todos iban armados hasta los dientes y tenían la intención de atravesar en secreto el Atlántico para tomar por sorpresa Cumaná, la capital del Oriente de Venezuela, y derrocar al régimen del dictador Juan Vicente Gómez. Por mil razones y causas (la traición de algunos, la inexperiencia de muchos, la falta de coordinación entre todos), la operación militar, dirigida por el almirante Delgado Chalbaud, acabó en un completo desastre. La mayoría de los conjurados murieron, otros cayeron presos, otros aun tuvieron que tomar el camino del exilio. Rafael Vegas, un joven estudiante de medicina, fue uno de los sobrevivientes. Muchos años después de aquella aventura, redactó algunas cuartillas describiendo los pormenores de la invasión y pensó en algún momento que su relato quizá podrían interesarle a su viejo maestro, Rómulo Gallegos. Pero el asunto, en realidad, no fue más lejos. Basta, sin embargo, que un libro sea posible para que exista, como decía Borges. El narrador venezolano Federico Vegas (1950), sobrino del conjurado del *Falke*, descubre varias décadas después esos papeles y se pone a escribir la novela virtual de su tío Rafael. El resultado es una apasionante epopeya político-literaria y una de las mejores narraciones que hayan salido en los últimos tiempos de Venezuela. Autor del libro de cuentos *El borrador* (1994) y de la novela breve *Prima lejana* (2001), Federico Vegas confirma su inmenso talento con *Falke* (Mondadori, 2005), pero hace también algo más: le devuelve a la narrativa venezolana la posibilidad de releer crítica y creativamente a Gallegos, y de encontrar en él el hilo perdido de una cierta manera de contar la historia de nuestro país.

—Uno de los aspectos mas interesantes de *Falke* es que se presenta como una novela que Rómulo Gallegos no quiere o no puede escribir.

Lo que el lector tiene entre las manos es, en la ficción, una suerte de archivo compuesto por cinco carpetas donde el protagonista, Rafael Vegas, narra los preparativos de la invasión, la travesía, los combates, la derrota y su regreso a París. Federico, tú cuentas en las apostillas de la novela que, en realidad, Rafael Vegas sólo redactó unas pocas cuartillas sobre los sucesos pero que tenía efectivamente la intención de enviárselas a Gallegos. ¿Sabes si de verdad llegó a hacerlo alguna vez?. ¿Pudo ver esas páginas Gallegos? ¿Había tanta confianza entre ellos? Y, como sé que investigaste bastante sobre el tema, me gustaría preguntarte también si sabes qué noticias tuvo Gallegos sobre los hechos del Falke y qué pensaba de esa aventura.

—La pista de lo que significaba Gallegos para la generación del 28 (la de generación estudiantil de Vegas y de Betancourt y de tantos otros líderes de nuestra democracia) la encontré en las diez páginas del diario que dejó Rafael Vegas. Como explico al final de *Falke*, esas páginas me sirvieron para encontrar el tono de la novela. Fue como esas prendas que se le entregan al sabueso para que siga el rastro. Es evidente que le resultó muy doloroso a Vegas escribir el recuento de su aventura, porque apenas lo comienza, lo abandona. Utilicé fragmentos insertándolos en mi narración. Tenían un efecto mágico, que al menos sentí mientras escribía. Al comienzo de la tercera carpeta inserto un fragmento importante; quizás el que tendría la penetración más emocional en el resto de la novela. Aparece cuando Vegas comienza a escribir en la pensión de la calle Dudenwald: «Como no logro concentrarme en la lectura y no encuentro cómo matar estas interminables horas de insomnio, he decidido ponerme a escribir. ¿Qué? Pues no lo sé. Supongo que los recuerdos que vayan desfilando por la mente, sin orden ni finalidad alguna. ¿Para qué? En parte para distraerme y puede que algún día le entregue estas páginas a Gallegos» En este punto aparece un giro inesperado: «Pero ya he metido la pata; desde el momento en que he pensado en Gallegos y en lo útil que estos recuerdos puedan serle a sus proyectos literarios, he perdido toda espontaneidad.» Este bloqueo de Vegas tuvo para mí un efecto liberador. Comprendí cuál sería el punto de partida, la perspectiva. Por eso comienzo la novela con el cruce de cartas entre el alumno y el maestro. Ya antes le había escuchado a Isaac Pardo qué había significado Gallegos para ellos. Había sido el maestro más querido. Esas sesiones de clase que continuaban por la quebrada Anauco me las describió Pardo. Isaac Pardo

tuvo mucho contacto con Gallegos en España. Sobre todo cuando el maestro fue a visitar a sus alumnos en Barcelona en los años treinta. A algunos de esos encuentros asistía Rafael Vegas, pero no estoy seguro de que estuviera en las dos anécdotas que te voy a narrar. En la primera, Isaac y dos amigos están en Madrid, en casa de Gallegos. Después de cenar, el maestro les propone leerles el manuscrito de una novela que acaba de terminar. Han comido mucho y después de una hora escuchando la voz cansada de Gallegos, la audiencia comienza a dormitar. De pronto, Gallegos se para de su sillón y, sin decir una palabra, sale de la sala. Los jóvenes se miran unos a otros. Segundos después escuchan un ruido de hojas que están siendo rasgadas. Corren al estudio y encuentran al maestro rompiendo su manuscrito. Les toma tiempo convencerlo de que la obra es buena y se pasan el resto de la noche pegando las hojas con cola. La siguiente escena sucede en Barcelona. Llega Gallegos de visita y los jóvenes están felicísimos de tener al maestro en casa. Al segundo día se dan cuenta de que hay un problema: Gallegos no toma ninguna iniciativa, hay que estar constantemente ocupándose de él, y los jóvenes tienen mucho que estudiar. Al cuarto día logran convencerlo de tomar un crucero a las islas Baleares. Lo dejan con su maleta en el puerto y regresan aliviados a casa. Esa misma tarde, Gallegos toca la puerta. Está de vuelta con su maleta. La perspectiva de viajar solo le aterroriza. Con estos dos cuentos es fácil imaginar la bondad y la fragilidad de Gallegos, así como la idolatría de sus alumnos que aceptaban estas aventuras de un genio a la deriva. Cuando uno traslada estas referencias al escritor transformado, contra su voluntad, en presidente de la República, uno entiende el rostro de sereno desconcierto que tenía Gallegos cuando lo llevaban al exilio después de derrocarlo.

—Es curioso cómo cambian las cosas en Venezuela en menos de dos generaciones. Lo que me cuentas de Vegas y Pardo, ese culto que tuvo su generación por Gallegos, no sólo desaparece sino que se ve sustituido incluso por el rechazo y el desafecto que sienten las generaciones posteriores hacia el maestro y hacia todo lo galleguiano. Me recordaba un amigo caraqueño hace muy poco que en los años setenta era hasta de mal gusto citar a Gallegos entre los estudiantes de letras. Tú y yo pertenecemos casi a la misma generación y crecimos dentro de ese clima. ¿Cómo cambia Falke tu relación con Gallegos y tu lectura de su obra? Porque está claro que no sólo las carpetas fic-

ticias de Rafael Vegas se escriben en un diálogo silencioso con Gallegos. También tu novela real está escrita así.

—Estoy seguro de que existió una generación de grandes lectores que se formó gracias al famoso Índice Expurgatorio. Ese catálogo de los libros que la Iglesia prohibía debe de haber sido una de las listas más incitantes en la historia de la promoción cultural. Eso de leer escondido y jugándose la gracia de Dios debe ser algo inolvidable. Gallegos ha estado incluido en otro tipo de lista, la de libros escolares. Suelen ser ediciones horribles que los niños y jóvenes llegan a aborrecer. El mismo escritor bregó para ser incluido. Era, y supongo que aún es, la única manera de tener una entrada económica estable. Yo tuve la suerte de leerlo antes de que me obligaran a hacerlo. Creo, incluso, haberlo leído con demasiada pasión, sin pausas, sin recesos ni digestión. Sus personajes y geografías se me hicieron un mismo torbellino, una lucha de todos contra todos. Más que tramas recordaba una misma sensación. O quizás todo se debió a haber visto de niño a María Félix haciendo de Doña Barbara. Ella se tornó, para mí, en la literatura misma de Gallegos, en el origen y centro de la tensión. Tensos eran su pelo, sus cejas, su mirada, sus labios, su fusta, su cuello y sus senos. Todo lo demás eran adornos, consecuencias, variantes, anhelos de lo mismo. Veinte años después volví a leer a Gallegos en Venecia. La tía de mi esposa nos había prestado su apartamento con vista al Gran Canal. Allí pasamos dos semanas de un agosto ensopado. El calor convirtió a la laguna en un caldo gigantesco; todo lo que flotaba parecía verdura, y unas algas que tenían su esplendor a las dos de la tarde, se podrían en la noche llenando mis insomnios con olores de selva y pantano. Varias veces lanzamos baldes de agua a la cama y nos dejamos caer sobre el charco a dormir gracias a los efectos de la evaporación. En el día nos sentábamos desnudos en la terraza y leíamos. Con una mano yo sujetaba el libro, con la otra una manguera. Alternaba con justicia, entre el codo de mi esposa y el mío, el chorro discreto, graduado para que no salpicara las páginas del libro. Me dio entonces por hurgar en los rincones del apartamento. Era una reacción al sofoco, una búsqueda de frescura trasladada a rincones varios y gavetas todas. En ese proceso fue cuando encontré en Venecia un ejemplar de *Doña Barbara*. La tía italiana se había traído de su reciente viaje a Venezuela un paquete integral del turista culto que incluía un *cassette* de Serenata Guayanesa, una hamaca guajira, alpargatas con suela de caucho, y algo de Rómulo